



Alberto de la Rocha
Aquellos muchachos



ALBERTO DE LA ROCHA

Aquellos muchachos

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: mayo de 2023

© Alberto de la Rocha, 2023
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2023

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Sant Joan Baptista, 35, La Torre de Claramunt-Barcelona
Depósito legal: B 3315-2023
ISBN: 978-84-19392-10-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización
de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear
fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A Tania

Como siempre, la inminencia de trabajar toda la noche me produce de inmediato una sensación de alegría. La oscuridad es un paréntesis, toda la realidad está a la espera hasta la mañana siguiente.

R. FIGLIA

UNO

Los filipinos han vuelto a su país. Han ido a arreglar el papeleo de una herencia, o quizá a comprar unas tierras, nunca los entiendo demasiado bien. Hasta que regresen he de pasar las noches en la casa, y como nunca me he acostumbrado a dormir en camas que no sean la mía, se me ha ocurrido que podría ponerme a escribir algo. No sé todavía qué.

El ordenador emite un leve zumbido sobre esta mesa de cristal de la buhardilla y de vez en cuando suelta aire caliente por un lateral. Qué diferente es este teclado, blando y silencioso, comparado con el de aquellas pesadas máquinas en las que aprendí mecanografía en FP: la Olivetti Lexicon 80, abombada como un submarino, o la Línea 98, por la que nos peleábamos cada mañana al entrar en clase. Entonces nos parecía tan moderna y ya hace siglos que no se usa. Había que pulsar las duras teclas con energía, pero teniendo cuidado de no colar el dedo entre dos, podías pillártelo y hacerte daño, incluso sangre. Escribir en aquellas máquinas tenía algo de trabajo de mecánico. En el fondo, no era muy diferente a lo que hacíamos en las clases posteriores, por ejemplo ajustar las válvulas de un motor introduciendo galgas entre las levas y los balancines.

A través de la mesa transparente veo a Tristán durmiendo a mis pies. Su pequeño cuerpo se hincha con un silbido grave y se deshinchas con uno más agudo. Tendrá bronquitis, o asma, o cáncer de pulmón. Aún acude cuando lo llamas, atraviesa cojeando la habitación para saludarte (tendrá también artrosis, o un tumor en los huesos), pero no me sorprenderá si cualquier día no es capaz de levantarse. Al lado del ordenador he puesto el interfono para bebés. Está en funcionamiento pero la

pantalla permanece apagada. Si se produce algún ruido, la pantalla se encenderá y también se conectará el sonido. Pero no creo que suceda.

Me pregunto cuándo debo parar de escribir. O cuánto voy a escribir cada día, cada noche. Aunque antes tendría que saber por qué estoy escribiendo. ¿Pero necesito una razón? Durante sus últimos años, he sido el secretario personal de Esteban Walther, el gran director de orquesta español. Eso debería bastar, ¿no?

Voy a bajar a la cocina a prepararme un té, de todas formas no creo que pueda dormir hasta dentro de varias horas. Es la una menos veinte de la madrugada. Tristán ha abierto un ojo y me mira a través del cristal con la honda serenidad de los perros, que supongo que es simplemente falta de inteligencia. ¿Sabrá que se va a morir? El interfono permanece apagado.

¿Por qué estoy escribiendo? Ha sido esta mañana cuando le he pedido a Ramón que me trajera su ordenador y me enseñara a utilizarlo, así que ya tenía claro que iba a ponerme a escribir. Seguro que sospecha que lo quiero para buscar tonterías por internet, o esos vídeos que a veces vemos juntos y que en realidad le gustan más a él que a mí. ¿Pero qué quiero escribir? En ocasiones a nosotros mismos nos cuesta averiguar las cosas que ya sabemos. Sin embargo, no puede ser una coincidencia que todo esto ocurra al día siguiente de la visita del patrono, de Adrada. Su estancia de ayer en la casa tiene que estar detrás de este impulso que todavía no comprendo.

Los filipinos no dijeron cuándo volverían de su país y ni siquiera entendí bien qué iban a hacer allí, aunque es posible que tampoco me lo dijeran. Tienen la manía de moverse por la casa sin hacer ningún ruido y de aparecer por sorpresa detrás de una puerta o de un mueble, con sus trajes negros perfectamente planchados y esos ojos tan blancos que casi parecen brillar en la oscuridad. Si fueran de otra manera, uno pensaría que se divierten provocando ataques al corazón. Así lo hicieron el otro día. Estaba en el garaje limpiando el filtro del Audi

y cuando me giré allí estaban plantados, al lado de la lona que protege al viejo Jaguar. Cada uno sostenía una maleta diminuta y me miraban sin pestañear. A punto estuve de pegar un grito. No vestían sus ropas negras de trabajo sino otras que nunca les había visto. Erlinda llevaba un vestido floreado de un extraño color verde que te obligaba a retirar la mirada, y Marco una camisa de manga corta y unos vaqueros de cintura alta, todo muy bien planchado y pasado de moda varias décadas. Me dijeron que se iban a su país y luego hablaron entre ellos en su idioma. Quizá no dijeron nada de una herencia y ese dato me lo he inventado. También he dado por sentado que volverán, aunque eso no me lo dijeron, sin duda. ¿Pero cómo no van a volver si solo se llevaron esas maletitas como de juguete?

Salieron de la casa por la puerta del garaje. Subieron la rampa uno junto al otro, sus piernas acompasadas como si estuvieran desfilando, y a mí se me pasó por la cabeza que no fueran marido y mujer sino hermanos gemelos. Otro invento mío, supongo. De esto han pasado tres o cuatro días, quizá seis. ¿Avisaron ellos a Adrada? ¿Le dijeron que ahora estoy solo en la casa y por eso se presentó aquí ayer? Ignoro qué relación tienen los filipinos con el patrono, pero en cualquier caso es anterior al momento en que yo empecé a trabajar para Esteban Walther.

Nunca me ha gustado el otoño, y menos sus noches. Cuando sufres insomnio en verano, al menos sabes que alguien se está divirtiendo ahí fuera, en las calles, en las terrazas de los bares, y sientes que puedes escapar, aunque luego nunca lo hagas. Pero en otoño los días se acortan, la noche empieza cada vez más temprano, y siempre me acuerdo de esa angustiada escena de *La guerra de las galaxias* en la que las paredes se mueven, se van juntando y dejan cada vez menos espacio a los protagonistas. Pero esto es una estupidez, no sé si se pueden escribir estas cosas.

Me he tomado el último sorbo de té y al devolver la taza a la bandeja china me he parado a observar la buhardilla. Y se me ha ocurrido que tal vez debería describirla. La llamo bu-

hardilla pero Esteban Walther la llamaba de otra forma: mansarda. Yo nunca antes había escuchado esa palabra. Él la pronunciaba de ese modo suyo tan peculiar, estirando el cuello hacia arriba y balanceando ligeramente la cabeza hacia los lados: mansarda. Después hundía las mejillas hacia dentro como para parecer más delgado, aunque siempre fue muy delgado. Ese amaneramiento, del que todo el mundo se acordará, pues incluso lo imitaron varias veces aquellos humoristas que hacían el programa de televisión de fin de año, ese amaneramiento a mí me disgustaba al principio, me hacía sentir incómodo. Nadie tiene por qué saber cómo eres, lo que eres, por tu modo de hablar o de moverte, pienso yo.

La buhardilla ocupa la mitad de esta tercera planta. El resto del espacio lo completan el cuarto de la caldera, el trastero, un aseo y la habitación alargada con los archivadores y las cajas etiquetadas. Creo que Esteban Walther utilizaba la buhardilla, su mansarda, cuando estaba deprimido por alguna de sus rupturas y perdía hasta el apetito. Decía que se encerraba aquí para trabajar, pero no tiene sentido que lo hiciera fuera de su estudio, donde están el piano de cola y sus libros de partituras. Alguna vez dijo que aquí dentro componía mejor, aunque todo el mundo sabe que Esteban Walther nunca compuso nada importante, lo suyo era ser director de orquesta. O eso dicen los entendidos, yo no tengo la menor idea. A mí toda la música clásica me suena igual, o aburrida o molesta, y me da dolor de cabeza si la escucho más de diez minutos. Bueno, algunas canciones se parecen a bandas sonoras de películas y están algo mejor. Él se burlaba de mí por esto, y si estaba contrariado lo hacía con saña y delante de otras personas. Pero no me importaba demasiado, entendí desde el principio que era parte de mi trabajo.

Durante esos días, Esteban Walther solo dejaba entrar aquí a Erlinda para que le trajera algo de comida, que no solía tocar, y sobre todo bebida, whisky con coca-cola *light* en los últimos tiempos. Aunque tampoco era raro que me llamara a mí en cualquier momento, por lo general en mitad de la noche, para que lo llevara en el Audi a alguna dirección del

centro de Madrid. Yo tenía que esperar en la calle. A veces bajaba a los cinco minutos, tan afectado que tenía que meterlo yo en el coche y ponerle el cinturón, y otras veces no lo hacía hasta después del amanecer. Parte de mi trabajo, también.

Es gracioso, pero no consigo describir la buhardilla. En cuanto lo intento se me ocurren otras cosas y tengo que ponerlas aquí. Se escribe tan bien en este teclado, con tan poco esfuerzo. Yo era muy bueno en mecanografía, saqué los tres títulos con sobresaliente. Mi récord estaba en más de cuatrocientas pulsaciones por minuto, y con aquellas máquinas que te hacían sudar. Pero ya me está pasando de nuevo... ¡La buhardilla! Tendrá unos sesenta metros cuadrados. A mi espalda queda una librería que ocupa toda la pared, pero los libros son raros, son todos iguales. No me refiero a su contenido, que por supuesto es diferente, sino por fuera. Están todos encuadernados en piel de color azul oscuro y tienen exactamente la misma altura. En el canto, en letras doradas, además del título y del escritor, están las siglas E. W., como si los hubieran fabricado solo para él.

Estoy sentado en un sillón giratorio de respaldo alto, tapizado en piel, y delante tengo la mesa de cristal. En el resto de la buhardilla hay un sofá, un diván a juego, una mesa baja de patas muy gruesas y un armario japonés lacado, con mucho fondo, que contiene el tocadiscos y varios centenares de discos. El techo está inclinado, claro, como en todas las buhardillas, y tiene dos ventanas con persiana eléctrica incorporada. Como están orientadas al norte, la luz que entra por ellas nunca es directa, se desliza dentro de la buhardilla y va bajando despacio, palmo a palmo.

En esta mesa hay una lámpara con una pantalla de cristal verde. Mis manos, si las levanto del teclado y las coloco debajo de la lámpara, tienen un color verde, y también el bote con bolígrafos y lápices, el abrecartas de mango dorado, la campanilla de plata, el portafolios de cuero con las siglas E. W. y la bandeja china con la tetera y la taza. Hasta Tristán está teñido de verde, porque la luz atraviesa la mesa y llega al suelo, donde

él está tumbado muy cerca de mi pie derecho, respirando ruidosamente, casi roncando.

De pronto me he acordado de que ayer Adrada, cuando nos despedíamos en la galería, se agachó para acariciar el pelo de Tristán y por un momento su mano me pareció una mano normal. Lo llamó «pequeño zascandil». La mano del patrono es normal, no es que sea la de un marciano, pero le faltan dos falanges en un dedo de la mano derecha, creo que el anular. Sí, el anular. Y ayer, al enterrar los dedos en el pelo de Tristán, su mano parecía estar completa. Mi cerebro imaginó que todos los dedos continuaban dentro del pelo y por tanto también el anular. Pero luego los sacó y el anular seguía amputado, con esa yema achatada, no redondeada. Aunque yema no será la palabra adecuada. ¿Muñón? Por cierto, hay que llevar a Tristán a que le corten el pelo, lo tiene demasiado largo y lleno de nudos. Estos *schнауzer* son muy delicados.

Nunca he sabido muy bien a qué se dedica Adrada. Fue patrono de la Fundación Esteban Walther hasta que hubo que disolverla, por eso se le conoce como «el patrono». Por supuesto había más patronos en la Fundación, pero él era el único que además era su amigo personal y venía a esta casa. «Va a venir el patrono», decíamos, y no podía tratarse de otro. ¿Pero cuál es su profesión? Una vez escuché que era directivo de una empresa de seguros, o tal vez de un banco, y que se conocieron cuando invitó a Esteban Walther a una especie de crucero cultural que organizaba su empresa. También dijeron que había comenzado desde muy abajo, de botones, o que había pasado por muchos empleos. O simplemente que venía de una familia muy humilde, no sé. El caso es que siempre que me fijo en su mano pienso que ha tenido que ser tornero. Es un accidente típico de torneros, perder alguna falange de algún dedo. Yo he conocido a dos. Pero es absurdo, y queda más absurdo aquí escrito. ¿Por qué iba a ser Adrada tornero? Igual se lo preguntó un día.

Estoy empezando a divagar. Es bastante tarde, las tres y media, y noto un hormigueo caliente en la mandíbula. Tal vez sea sueño, ojalá. No sé si seguiré escribiendo mañana, a lo me-

jor no me apetece o no tengo nada más que contar. ¿Pero qué es lo que tengo que contar? Sigo sin saberlo. Aunque quizá yo pueda aclarar algunas de las cosas que se han dicho sobre Esteban Walther. Quizá sea eso lo que estoy haciendo, lo que tengo que hacer. Otra cuestión es que a alguien le interese lo que pueda decir un simple secretario. O ni siquiera: un chófer venido a más. Veremos. La casa está en completo silencio.